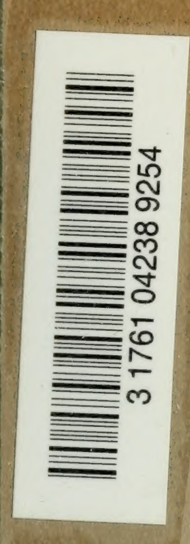


Darío, Rubén
Reyes, Alfonso
Rubén Darío en México.

ALFONSO REYES

RUBÉN DARÍO EN MÉXICO

MEMORIAS LITERARIAS

Publicado en la Revista NUESTRO TIEMPO, Junio 1916

MADRID
IMPRENTA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"
Calle de Ferraz, núm. 82

1916

ALFONSO REYES

RUBÉN DARÍO EN MÉXICO

MEMORIAS LITERARIAS

Al Prof. Milton A. Buchanan,
homenaje
Alfonso Reyes
General Pardiñas, 32

Publicado en la Revista NUESTRO TIEMPO, Junio 1916

MADRID
IMPRENTA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"
Calle de Ferraz, núm. 82

1916

A Enrique Díez-Canedo

Querido Canedo:

He creído de oportunidad arrancar á mi libro de memorias las páginas que doy á la estampa. A usted le ha parecido lo mismo. ¿Qué podía yo hacer sino dedicárselas?

Usted, amigo mío, me ha consentido muchas veces la manifestación de ese placer de los emigrados que suele resultar importuno: el recuerdo de la tierra y los amigos ausentes. Usted, con una paciencia gustosa, me ha dejado hablar horas enteras de Fernández, de González y de Martínez como si usted mismo los conociera ó le importaran como á mí aquellas cosas. En verdad, á usted le importan mis recuerdos, puesto que nunca ha desdeñado el conocimiento preciso de los libros y de los hombres. Su curiosidad siempre animada, ha acabado por aficionarle á los asuntos de América. A usted le gusta hojear las viejas revistas y ver cómo reviven las pléyades literarias de hace cien ó de hace diez años. Su ecuanimidad le permite apreciar con ojos serenos la hora que apenas ha cesado: lo que todavía es pasión para muchos, es ya para usted conocimiento. De esta manera, usted es uno de aquellos privilegiados que contemplan la vida con verdadero desinterés histórico. Mientras la mayoría de los hombres cultos responde con un mohín de disgusto á todo lo que ya no es nuevo y que todavía no es antiguo, á usted le he visto comprar por esas ferias—y examinar con ese deleite tranquilo que sabe poner en todos sus actos—este ó el otro libro modesto publicado por los años de 1840...

No acabaría.—Permítame, sin más explicaciones, dedicarle estas anécdotas fugitivas.

Madrid, 1916.

A. R.

RUBÉN DARÍO EN MÉXICO

I

EL AMBIENTE LITERARIO

Cuando llega á México Rubén Darío, una generación de muchachos—que apenas se ha dado á conocer—forma la literatura imperante.

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul*. Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna* popularizó entre nosotros los modos de la poesía post-romántica. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica; técnica audaz, innovadora; y—exceptuando á Urbina, que ha perpetuado la tradición romántica, á Díaz Mirón, que vive en su torre, y á Icaza, cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte, cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.—Agrupábanse, materialmente hablando, en redor del lecho donde Jesús Valenzuela (siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres) iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado á su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces, llegaba de la provincia Manuel José Othón con el dulce fardo de sus bucólicas á cuestas; lejano, distraído, extático. Othón ha muerto, y espera el día de su consagración definitiva. Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz

conocida y nueva. Su verso tiene, junto á las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora; hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los "metros viejos" en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo vetusto. Othón se defendía oponiendo, á su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Valenzuela también ha muerto; su recuerdo perdurará más que su poesía—aquella espontánea poesía que no tiene nombre en la retórica.— A los otros los ha dispersado la vida.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una ~~nueva~~ revista para los nuevos literatos. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*. No sólo en el nombre, en el material mismo recordaba á la *Revista Moderna*. Duró poco—era de rigor,—pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña en los libros y memorias de nuestra literatura contemporánea. "La redacción—escribe el poeta Rafael López—era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí á cantar". A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: á un lado la catedral; á otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente á aquella ventana, Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura, cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de la *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores que pone Gourmont: los que escriben; los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo. Decía, con Goethe, que el escribir es un abuso de la palabra, y, por lo demás, no hacía falta ser conocido. Más tarde, ha incurrido en la letra escrita; esperamos con impaciencia sus libros. De él habíamos dicho hace tiempo: cuando escriba libros, sus libros serán los mejores. Recuerdo, entre los prosistas, á Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand:

Cette ame!... On est plus las d'avoir couru sur elle
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además—grave ofensa para el género humano—estaba enamorado del genio. Como á todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, lo tentaban las inspiraciones de la locura. Ignoraba cuántos volúmenes lleva publicados Monsieur Faguet, pero leía y releía constantemente los veinte ó treinta libros definitivos de la humanidad. Hubiera quemado á su mejor amigo ante el ara de la más austera belleza. Más tarde, esta vida absurda nos lo arrebató y nos lo deshizo. Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario; su prosa es flúida, musical, llena de brillos y colores. Su vida estaba consagrada á la espectación literaria: ha coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hace creer que posee tesoros en casa. Nadie sabe si es ó no rico, si escribe ó no en secreto:

Cuentan que escribe, y no escribe;
Dicen que tiene, y no gasta,

se decía él á sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas. De cuando en cuando, asomaba para celebrar, en una prosa de ditirambo, algún triunfo del arte ó del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca acaba de publicar sus libros, y así va camino del silencio, sin merecerlo ni desearlo. Entre los poetas, estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que hoy busca emociones universales, tras de haber embriagado su adolescencia con los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medioevalismos imposibles, "ciega de ensueño y loca de armonía". Estaba Colín entregado á una gestación laboriosa en que se combatirán el poeta seco y el prosador jugoso. Estaba el malogrado Argüelles Bringas, tan fuerte, tan austero, áspero á la vez que hondo; poeta de concepciones vigorosas, concentrado y elíptico, en quien la fuerza ahoga á la fuerza, y el canto, sin poder fluir, brota á pulsaciones. Aún no salía de su provincia el poeta mayor: González Martínez; y apenas salía de su infancia Julio Torri, "nuestro hermano el diablo", duende que apaga las luces, íncubo en huelga, humorista que procede de Wilde y Heine y que promete ser uno de los primeros de Amé-

rica. Y de propósito dejo para el fin á Caso, á Vasconcelos, al dominicano Henríquez Ureña.

La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundirá por las aulas nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación ó una duda que él no haya hecho suyas siquiera por un instante. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las unifica, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, la convertirán en el director de la juventud, para los efectos públicos al menos. Porque era más honda, más total la influencia socrática de Henríquez Ureña. Sin saberlo, enseñaba á ver, á oir, á pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay, entre nosotros, ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribe de él: "alma evangélica de protestante liberal, inquietada por los grandes problemas, profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas..." Díaz Mirón, que lo admira, le llamaba "dorio". Y todos nos apellidamos de su amistad. José Vasconcelos era el representante de la filosofía anti-occidental, que alguien ha llamado la "filosofía molesta". Mezclábala ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y, en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, combatía también por su verdad. Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido la cuna de nuestras "tiranías ilustradas". Es asiático: tenemos, en nuestro país, dos mares á elección; algunos, están por el Atlántico; él, por el Pacífico.

Entre tanto, la exacerbación crítica que padecemos corroe los moldes literarios; los géneros retóricos se mezclan un tanto y la invención pura padece. Apenas la novela tradicional tiene un campeón en González Peña, hombre de férrea voluntad, trabajador infatigable que intenta reflejar las inquietudes contempo-

ráneas en una novela concebida según la manera de Flaubert. Teatro no hay; y el cuento, en manos de Torri, se hace crítico y extravagante. Exceptuando á los poetas, aquélla era una generación de "ensayistas". En aquel mundo erizado de escalpelos, el gran Rubén Darío va á caer. Es el año de 1910.

Pero los dioses caprichosos tenían reservada alguna sorpresa.

II

EL VALLE INACCESIBLE

Solíamos hablar, entre nosotros, de atraer á Rubén Darío. Valenti, uno de los nuestros—cuyas palabras me acuden ahora con el recuerdo de su trágica muerte—nos oponía siempre esta advertencia profética:

—No, nunca vendrá á México Rubén Darío: no tiene tan mala suerte.

Rubén Darío fué á México por su mala suerte. En 1910, para la celebración del centenario de la independencia mexicana, Darío y Santiago Argüello fueron delegados á México por el gobierno de Nicaragua. Sobrevinieron días aciagos; el presidente Madriz cayó al peso de Washington, y el conflicto entre Nicaragua y los Estados Unidos se reflejaba en México por una tensión del ánimo público. La nube cargada, al menor pretexto estallaría. Y ninguna ocasión más grande para desahogarse contra el yanqui que la llegada de Rubén Darío. El hormiguero universitario pareció agitarse. Los organizadores de sociedades, los directores de manifestaciones públicas habían comenzado á distribuir esquelas y distintivos. La aparición de Rubén Darío juzgóse imprudente; y este nuevo Cortés, menos aguerrido que el primero, recibió del nuevo Motecuzuma indicaciones apremiantes de no llegar al valle de México.

Darío quedó detenido en la costa de Veracruz. De allí se le hizo pasar, incógnito, á Xalapa. Un hacendado lo invitó á cazar conejos; se fué al campo; lo hicieron desaparecer...

Poco después, con el pintor mexicano Ramos Martínez, que le acompañaba á título de menor de edad, reapareció en la Habana. En la Habana estaba cuando la celebración famosa del centenario. El ministro mexicano Carlos Pereyra tuvo el buen acuerdo de invitarle á la fiesta, pidiéndole su colaboración literaria. No pudo asistir el poeta por aquellos sus intermitentes achaques, pero envió su poesía. Hecha en ratos de mal humor, en horas de indecisión, cuando él no sabía si volverse, si quedarse, si seguir adelante; cuando comenzaban á escasear los fondos y hubo que abandonar el Hotel Sevilla y renunciar al automóvil en mala hora alquilado (1), la poesía—de lo más infortunado que hizo—presentaba la cómica novedad de fundir en el estribillo un verso del himno nacional de Cuba con uno del himno mexicano, dándonos así el monstruo híbrido de que se horrorizaba Horacio. Ejemplo:

que morir por la patria es vivir,
al sonoro rugir del cañón.

Lo demás que atañe á la estancia de Darío en Cuba, á mis amigos de la Habana toca contarlo.

III

UN DOCUMENTO.

Entre las muchas manifestaciones que produjo en México la llegada de Rubén Darío á Veracruz, hubo una de carácter puramente literario. Algunos jóvenes escritores y poetas que, por no sentirse "animales políticos" ó por malos de sus pecados, no habían querido hasta entonces unirse al grupo central—concentrado en el Ateneo de la Juventud—fundaron una sociedad, la "Sociedad Rubén Darío", cuyo único objeto era recibir al poeta con honor; como si la llegada de un hombre hubiera de

(1)—He hecho un gran negocio, ¡un gran negocio! ¿Ois ese automóvil que piafa á las puertas del hotel? Es un automóvil que se alquila por cincuenta dólares, y yo lo he obtenido por cuarenta y cinco.
Este gran negocio—digno de la historia—es fama que lo realizó Rubén Darío en las horas de mayor escasez.—Lo tengo de su compañero Ramos Martínez.

ser un hecho permanente. Rafael López, entusiasmado, habló de la nueva Cruz del Sur que Rubén Darío había de marcar en nuestro cielo con los cuatro hierros de su centauro. Emilio Valenzuela, hijo de Jesús Valenzuela, fué nombrado presidente de esta sociedad. Cuando la triste realidad vino á conocerse, Valenzuela escribió lleno de despecho: "no nos queda más que esperar otros tiempos". Estas palabras pudieron ser divisa de mi generación destrozada.

Por su parte, Rubén Darío (hay que recoger piadosamente todos los rasgos de su pluma) escribió la siguiente carta á Valenzuela:

Distinguido y buen amigo:

Si no hubiera sido ya grandísimo mi deseo de ir á México, la vibrante misión que la joven intelectualidad mexicana confió á ustedes, me hubiera infundido el más ardiente empeño por encontrarme en la capital de este noble y hospitalario país.

La juventud es vida, entusiasmo, esperanza. Yo saludo por su digno medio á esa juventud que ama el Ideal desde la Belleza hasta el Heroísmo. Díganlo, si no, los aiglons *del águila mexicana que se llevó la Muerte á la Inmortalidad desde el nido de piedra de Chapultepec.* (1)

Las cariñosas y agradecidísimas instancias que usted y don Alvaro Gamboa Ricalde me han hecho en nombre de sus amigos

de México, se empeñan á poner toda mi voluntad en complacerles. Pero, á pesar de mis deseos, las circunstancias me obligan á tener una actitud que no puedo alterar en nada.

Este momento, sin embargo, pasará. Y yo, quizás, en breve, podré tener el gran placer y el altísimo orgullo de saludar, con el afecto que por ella siento, á la noble, á la entusiasta, á la gentil juventud mexicana.

Muy sinceramente me ofrezco su afectísimo amigo y S. S.

RUBÉN DARÍO.

Xalapa, 8 *de Septiembre de* 1910.

(1) **Alude—con terrible oportunidad—á los cadetes del Colegio Militar de Chapultepec muertos en 1847 combatiendo el yanqui: año en que Washington solía aún declarar la guerra antes de proceder á una invasión militar.**

IV

UN PROBLEMA DE DERECHO INTERNACIONAL.

¿Cómo se verá dentro de un siglo, de dos, de tres, la vida irritada de los pueblos de América, donde las cuestiones literarias se vuelven fácilmente asuntos de política interna, y éstos sin cesar se convierten en problemas internacionales? ¿No es el mismo Rubén Darío quien acostumbraba decir que en América no hay más que poetas y generales?

Cuando Darío llega de París á Veracruz, ya estaba Santiago Argüello en México. Caído el gobierno que representaba, ambos quedaron sin función oficial. Al menos, así se decidió por tácito acuerdo. Los periódicos pusieron al día las discusiones jurídicas. ¿Conservaba Rubén Darío la representación de Nicaragua á pesar del cambio de Gobierno? Dos ó tres señores hicieron danzas y zalemas en redor del caso y sin resolverlo. Federico Gamboa, el novelista y diplomático, estrechado por los periódicos, tuvo que decir su opinión. Como, en verdad, no había medio de salir airoso del trance, contentando á todos, prefirió salir á lo discreto, resolviendo las preguntas del repórter en éstos ó parecidos términos:

—Es una verdad reconocida que todo problema de derecho internacional debe plantearse de manera que las premisas correspondan exactamente á la realidad de los hechos, para que así pueda científicamente asegurarse, etc., etc.

Por lo menos dejó entendido, como caballero, que no tenía gana de molestar á nadie con su opinión, ni de perder el tiempo en discutir, conforme á derecho, lo que estaba decidido ya conforme á prudencia.

Argüello se las arregló para quedarse en México representando no sé si á Bolivia. En cuanto á Darío, había de recibir más tarde un desagravio en los Estados Unidos. La Sociedad Hispánica de Nueva York, la Liga de Autores de América, la Academia Americana de Artes y Letras lo saludaron con entu-

siasmo. A una emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas—le decían,—habéis unido las inspiraciones de nuestros poetas Whitman y Poe. Y añadían con intencionada gentileza:

—Sois, señor, un apóstol de la buena voluntad y un explorador avanzado en los caminos de la concordia internacional.

V

UNA DISCUSIÓN LITERARIA

Alfonso Cravioto, en nombre del Ateneo, fué hasta Vera-Cruz á llevarle nuestro saludo, y pudo acompañarle en su viaje de Xalapa al puerto. En el mismo coche viajaba cierto sacerdote aficionado á las cosas literarias. No pudiendo resistir la atracción del dios, rogó á Cravioto que lo presentara con Darío, de modo que pudiera charlar con él lo largo del viaje.

Hízose. El sacerdote tuvo que rehusar la "copita" que Rubén Darío le convidara; se sentó á su lado, y empezó la charla literaria. De un poeta en otro, y desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, hubieron de dar alguna vez en don Julio Flórez. Como Darío hiciera una muequecilla dudosa, dijo el buen sacerdote:

—Sí, ya lo sé: á usted no le convence Flórez, porque Flórez no es de su escuela...

Y, á boca llena, con toda la inconsciencia de un niño á quien han enseñado á repetir una palabrota, Darío le interrumpe, enfrentándosele:

—Yo no tengo "escuela", no sea usted *pendejo*.

Ahuyentado, el buen sacerdote—á quien ya podemos mirar como una señal de nuestros tiempos, como un verdadero símbolo—corre á refugiarse al último asiento del vagón.

"Mi literatura es mía en mí."

VI

ARTE DE PRUDENCIA EN DOS COPLAS

Santiago Argüello era, pues, el único huésped literario que la fiesta nacional nos proporcionó. El Ateneo daba á la sazón una serie de conferencias en la Escuela de Derecho, é invitamos á Argüello para que presidiera una de nuestras sesiones.

Hombre corpulento y velloso, revolvía sus ojos pestañudos paseando la mirada por el salón; se informaba de nuestra vida literaria, y tenía la bondad de desear que su llegada—y la de Darío siempre probable—coincidiera con un renacimiento literario en México.

—Darío—nos contaba—es como un niño. Cierta ocasión, estando en Madrid, tomamos un coche, él, no sé quien más y yo, para ir de la Puerta del Sol á Rosales; y el hombre se figuró que le había dado un ataque de ataxia locomotriz porque se le durmieran las piernas...

Al acabar la conferencia, los estudiantes—que sólo la oportunidad esperaban para armar la gresca—con pretexto de la presencia de Argüello pusiéronse á gritar:

—¡ Viva Nicaragua !

Con mueras, sobrentendidos, para otra nación de cuyo nombre no quiero acordarme.

Argüello, que acaso no oyó bien lo que los muchachos gritaban, tuvo la infeliz idea de imponer silencio con un ademán y recitar esta copla improvisada:

Vuestro aplauso me echa flores,
y es un aplauso de esteta;
estáis tejiendo, señores,
mi corona de poeta.

Nos llovieron al día siguiente coplas anónimas de los estudiantes; picantes parodias que no tengo aquí para qué copiar.

A los dos días, Rubén Darío, enterado del caso, le dedicó la siguiente:

"Argüello, tu lira "cruje"
—¡y en público, por desgracia!—
Argüello, *á lo que te truje;*
menos versos, diplomacia."

VII

PARTIDA Y REGRESO

(Memorias de Rubén Darío.)

No quitaré ni añadiré una palabra á las páginas de Rubén Darío. Advertiré solamente que, con un egocentrismo muy explicable, el poeta creyó ser causa de sucesos que venían germinando ya de tiempo atrás y que obedecieron á causas más complejas y más vitales; que, como se verá, sólo la angustia económica del poeta—que le impedía resolver el caso por su cuenta— y el desorden producido en la administración mexicana por las fiestas del Centenario, pudieron decidirle á permanecer algunos días en México. Dice así, en el capítulo LXV de su *Vida*:

"La traición de Estrada inició la caída de Zelaya. Este quiso evitar la intervención yanquee, y entregó el Poder al doctor Madriz, quien pudo deshacer la revolución en un momento dado, á no haber tomado parte los Estados Unidos, que desembarcaron tropas de sus barcos de guerra para ayudar á los revolucionarios.

"Madriz me nombró enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario, en misión especial, en México, con motivo de las fiestas del Centenario. No había tiempo que perder, y partí inmediatamente. En el mismo vapor que yo iban miembros de la familia del Presidente de la República: general Porfirio Díaz, un íntimo amigo suyo, diputado, D. Antonio Pliego, el ministro de Bélgica en México y el conde de Chambrun, de la Legación

de Francia en Washington. En La Habana se embarcó también la delegación de Cuba, que iba á las fiestas mexicanas.

"Aunque en La Coruña, por un periódico de la ciudad supe yo que la revolución había triunfado en Nicaragua, y que el presidente Madriz se había salvado por milagro, no diera mucho crédito á la noticia. En La Habana la encontré confirmada. Envié un cablegrama pidiendo instrucciones al nuevo Gobierno y no obtuve contestación alguna. A mi paso por la capital de Cuba, el Ministro de Relaciones esteriores, Sr. Sanguily, me atendió y obsequió muy amablemente. Durante el viaje á Veracruz conversé con los diplomáticos que iban á bordo, y fué opinión de ellos que mi misión ante el Gobierno mexicano era simplemente de cortesía internacional, y mi nombre, que algo es para la tierra en que me tocó nacer, estaba fuera de las pasiones políticas que agitaban en ese momento á Nicaragua. No conocían el ambiente del país y la especial incultura de los hombres que acababan de apoderarse del Gobierno.

"Resumiré. Al llegar á Veracruz, el introductor de diplomáticos, Sr. Nervo, me comunicaba que no sería recibido oficialmente, á causa de los recientes acontecimientos, pero que el Gobierno mexicano me declaraba huésped de honor de la nación. Al mismo tiempo se me dijo que no fuese á la capital, y que esperase la llegada de un enviado del Ministerio de Instrucción pública. Entretanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población daban vivas á Rubén Darío y á Nicaragua, y mueras á los Estados Unidos. El enviado del Ministerio de Instrucción pública llegó, con una carta del ministro, mi buen amigo D. Justo Sierra, en que en nombre del Presidente de la República y de mis amigos del Gabinete, me rogaba que pospusiese mi viaje á la capital. Y me ocurría algo bizantino: El gobernador civil me decía que podía permanecer en territorio mexicano unos cuantos días, esperando que partiese la Delegación de los Estados Unidos para su país, y entonces yo podría ir á la capital; y el gobernador militar, á quien yo tenía mis razones para creer más, me daba á entender que aprobaba la idea mía de retornar en el mismo vapor para La Habana... Hice esto último. Pero antes visité la ciudad de Jalapa, que generosamente me recibió

en triunfo. Y el pueblo de Teccelo, donde las niñas criollas é indígenas regaban flores y decían ingenuas y compensadoras salutaciones. Hubo vítores y música. La municipalidad dió mi nombre á la mejor calle. Yo guardo, en lo preferido de mis recuerdos afectuosos, el nombre de ese pueblo querido. Cuando partía en el tren, una indita me ofreció un ramo de lirios y un puro azteca: "Señor, yo no tengo qué ofrecerle más que esto"; y me dió una gran piña perfumada y dorada. En Veracruz se celebró en mi honor una velada, en donde hablaron fogosos oradores y se cantaron himnos. Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no se me dejaba llegar á la gran ciudad, los estudiantes en masa, é hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. Por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo que había imperado. Y allí se vió, se puede decir, el primer relámpago de la revolución que trajera el destronamiento.

"Me volví á La Habana acompañado de mi secretario, señor Torres Perona, inteligente joven filipino, y del enviado que el ministro de Instrucción pública había nombrado para que me acompañase. Las manifestaciones simpáticas de la ida no se repitieron á la vuelta. No tuve ni una sola tarjeta de mis amigos oficiales... Se concluyeron, en aquella ciudad carísima, los pocos fondos que me quedaban y los que llevaba el enviado del ministro Sierra. Y después de saber prácticamente, por propia experiencia, lo que es un ciclón político y lo que es un ciclón de huracanes y de lluvia en la Isla de Cuba, pude, después de dos meses de ardua permanencia, pagar crecidos gastos y volverme á París, gracias al apoyo pecunario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández y, sobre todo, á mis cordiales amigos Fontoura Xavier, ministro del Brasil, y general Bernardo Reyes, que me envió por cable, de París, un giro suficiente."

VIII

¿UNA OBRA INÉDITA DE RUBÉN DARÍO?

Transcribo á continuación un documento oficial—cuya amable comunicación debo al mismo poeta—que atañe á las relaciones de Rubén Darío con México, y que puede considerarse como un intento de compensación por los percances de marras:

"Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción pública y Bellas Artes.—México.—Libramiento núm. 992.—Sección de Administración.—Mesa 2.ª—Núm. 2.475.—Hoy digo al Secretario de Hacienda lo que sigue:—"Por acuerdo del Presidente de "la República, he de merecer á usted se sirva librar sus órdenes "á la Tesorería general de la Federación, para que con cargo á "la partida 8.415 del Presupuesto de ingresos vigente, se pague al "Sr. Rubén Darío, por conducto del Cónsul general de México "en París, la cantidad de francos 500—quinientos francos—men"suales, durante el presente año fiscal, para que continúe estu"diando en Europa cómo se hace la enseñanza literaria en los paí"ses de origen latino, y escriba una obra como resultado de ese es"tudio".—Lo que transcribo á usted para su conocimiento.—México, 4 de Noviembre de 1911.—El Subsecretario encargado del despacho, *José López Portillo y Rojas*.—Al Sr. Rubén Darío.—París."

APENDICE

He aquí una traducción de la carta dirigida á Rubén Darío por la Academia Americana de Artes y Letras:

Nueva York, Marzo 25 (1915.)

Distinguido señor:

La Academia Americana de Artes y Letras os ofrece, en vuestra calidad de visitante de los Estados Unidos, sus salutaciones respetuosas y su bienvenida cordial.

Sois el heredero de una civilización histórica, cuyo tesoro artístico y literario habéis acrecentado, gracias á vuestra obra exquisita y superior, dotándolo con todas las fuerzas de misterio y exaltación de este nuevo mundo en que habéis nacido. Familiarizado con todas las cosas nuevas de Europa, habéis descubierto el espíritu renaciente del viejo mundo y lo habéis interpretado para el nuevo.—Pero algo más habéis realizado, algo que os une particularmente á nosotros, á los hombres del Norte. Mientras, por una parte, alcanzabais la más emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas, por otra sorprendíais en dos de nuestros poetas—Poe y Whitman—*aquellas genuinas inspiraciones que enriquecieron vuestro arte con las más desembarazadas formas del metro y del ritmo, fundiendo así en una las aspiraciones de las dos razas típicas que dominan nuestro continente occidental. Sois, pues, á un tiempo mismo, un apóstol de la buena voluntad y un centinela avanzado en los caminos de la concordia internacional.*

Nos felicitamos de vuestra permanencia entre nosotros, y os deseamos un feliz regreso á vuestra patria adoptiva.

Por la Junta directiva:—William M. Sloane, canciller; Robert Underwood Johnson, secretario perpetuo; William Crary Brownell, miembro de la Junta.

---

c.s

yorkn Josh mill